

fue y regresó prontamente con un jugo de naranja, lo bebí ávidamente, estaba frío y delicioso. Casi de inmediato comencé a sentirme mareado, mi visión se puso borrosa, los párpados pesados se me empezaron a cerrar como si estuvieran abatidos por el sueño. Sentí que no podría permanecer más tiempo de pie así que me sostuve de la mesa donde estábamos trabajando. Ella continuaba mirándome sin decir nada y sin ofrecerme ayuda, lo cual me hizo preocupar porque casi ni podía hablar y mi lengua estaba temblorosa como para moverla fluidamente. Tomé con mis manos la sábana por la parte que cubría el rostro del cadáver, usando la escasa fuerza que me quedaba antes de caer al suelo; mientras la arrastraba conmigo, y antes de quedar inconsciente, logré ver por fin a mi amigo Felipe.

Johan Flórez



La Sirena

Por: Paola Esteban

“He visto a lo lejos, a la mar, a la Sirena. Pero no me ha llamado con su canto efímero; me ha atraído al batir sus escamas en el mar. La escucho llorar a lo lejos. Ella no canta. No he divisado, a este lado del mar, a otras como ella aflorar al mar; ella es la única que ha emergido, con los ojos silentes, con la garganta trocada.

Hoy he venido exclusivamente a verla. Me he pasado el día en la barca y no ha aparecido. Pronto llegó la noche y no le vi, no escuché su llanto. Anoche, vi reunidas a un grupo de Sirenas junto a las rocas que bordean el islote del otro lado de la arena que piso. Reían y cantaban de manera particular. Como en los cuentos dicen que cantan las Sirenas. Pero no he visto marineros. No he visto a nadie más que a ella. Les veía a las otras sin verles, les observaba la piel sin tocarlas con su atención. Sentí deseos de fotografiarle y traje la cámara, pero, como escribí antes, no ha salido.

Mañana saldrá, espero. Entonces le tomaré una foto”.

La carta se deshizo entre la espuma salada del mar. Con sus escamas enterró en la arena los huesitos que le quedaron.

-No llores- se dijo la Sirena- no es el primer niño que devoras.

Precioso

Abrió los ojos despacio. Miró hacia el techo. Un nítido azul le devolvió el reflejo de su cuerpo. Giró el rostro hacia su derecha. La espalda desnuda y salpicada de pecas de Elena le acompañaba. Suspiró casi con alivio. Se levantó de forma lenta y caminó hacia la cocina. Abrió la nevera, extrajo una lonja de queso y decoró con ella el fondo del pocillo de chocolate. Estaba hecho. Quizá Elena se había levantado en la madrugada. Regresó a la cama, sin ropa alguna. En su mente maquinó la excusa que le diría a su jefe a la mañana siguiente: tuve un pequeño accidente. Así, si su humor cambiara de repente, ya no tendría que justificarse. Simple. Le mirarían como un animal raro, pero ya sabrían la razón. Sirvió el chocolate cinco centímetros antes de llegar a la boca del pocillo. Caminó con él hasta la sala. Tomó el control remoto y encendió el televisor. Un paisaje repleto de mariposas apareció en la pantalla. Rojo, amarillo, verde, violeta, rosado, anaranjado. Un arcoiris y un cervatillo. La pecosa espalda de Elena manchada con sangre. Precioso.

Abrió los ojos, lento. Falló un respiro y giró las pupilas abiertas de un lado a otro. El techo le devolvió su propia imagen y la de Elena, con la espalda salpicada de pecas, a su lado. Se levantó despacio. Caminó hacia la cocina. El chocolate estaba hecho. Sacó una taza de la repisa y de la nevera una lonja de queso, que destrozó con los dedos. Omitido este detalle, tomó la olla y vertió el chocolate dentro del pocillo. La fuerza de su mano la precipitó al suelo. Elena. El color esparcido en la cocina, Elena que se asoma por la puerta. Una mirada. Elena, desnuda, que vuelve a la habitación. La sigue con la mirada y luego con los pies. Se acerca a su lado de la cama y le mira la espalda.

-No me cortes, cariño.

Elena dormida, sin respiración. Precioso.

Abrió los ojos despacio. Al ver su reflejo en el techo las pupilas se le dilataron. Miró a Elena: la misma espalda llena de pecas. Caminó hacia la cocina con premura. No había queso en la nevera. Suspiró con alivio. Se sirvió una taza de chocolate que se regó. Soltó el pocillo, que se partió en pedazos. Elena no estaba en la puerta. Caminó hacia el televisor, lo encendió y ubicó el canal de noticias. Un edificio se incendia, un asesinato. La foto de Elena en la esquina derecha de la pantalla. Miró sus manos ensangrentadas. Un cabello crespo y pelirrojo se le escurría por entre los dedos. Precioso.

Se levantó de un salto de la cama. No había espejo que le reflejara. Giró su cabeza. Ninguna Elena. Caminó hacia la cocina: un olor a queso rancio. Una ollita quemada. Sangre en el suelo. Una carta.

-Hoy he vuelto a pensarle.

-¿Por qué?

-Sólo estoy preocupada.

-¿Por qué?

-Porque pudo haberle pasado algo y aunque hayamos terminado me sigue importando como persona.

-¿Por qué? Te hizo daño.

-¿Por qué no me entiendes?

-...Te entiendo.

Una llamada.

-No puedo ir a la oficina hoy, tuve un pequeño accidente.

-¿Qué pasó?

-Iba conduciendo junto a Elena. Un auto nos chocó.

Una espalda desnuda, con un hilo de sangre que le cubre un número incontable de pecas. Elena, sin respiración. Absolutamente horrible. Horrible y precioso.

**Paola Esteban:**

Comencé a escribir por una necesidad específica e imperiosa: necesitaba terminar mi último grado de la secundaria y no lo haría a menos que participara en un concurso de cuento. No recuerdo ya con qué gané, pero conseguí pasar el curso porque esa era la exigencia. Recuerdo haberlo intentado con todas las artes, pero escribir sobre mis compañeras me abrió el camino que me trajo hasta aquí. Estudié periodismo y he trabajado buscando crónicas de vida en la ciudad donde vivo, en Colombia, que es pequeña y cuyos personajes parecen estar contados. Así que entre buscar y buscar me encontré con la historia de una chica bulímica, cuyo diario escribí en el periódico para el que trabajo y que significó un premio de periodismo: Premio CPB (Círculo de periodistas de Bogotá, 2008). La literatura estuvo presente y antes, con un cuento de este mismo tema “La delgadez perfecta (2006)”, fue partícipe de la Antología de la novísima narrativa hispanoamericana. Participé el año pasado en el Taller Renata, hoy Relata.

Correo electrónico: paola_esteban@hotmail.com

